

Reflexiones en torno al tiempo

Arturo Valencia Ramos

Departamento de Bellas Artes

arturo.valencia@unison.mx

<https://orcid.org/0000-0003-4604-663X>

*La arena de los ciclos es la misma
e infinita es la historia de la arena;
así, bajo tus dichas o tu pena,
la invulnerable eternidad se abisma.*

Jorge Luis Borges,
El Reloj de Arena.

El presente ensayo es un extracto de un capítulo escrito para un libro en construcción. Como tal, presenta los aspectos sobre los cuales gira la discusión hasta arribar al sentido de la historicidad en el arte y dejar abierta la posibilidad de continuar con la discusión cuando se aborda el tema del tiempo en el arte.

El problema del tiempo es un asunto añejo, por decir lo menos, y ha sido abordado desde diferentes perspectivas de la vida humana y desde diferentes espacios del conocimiento; por tanto, las respuestas a las preguntas sobre lo que es o deja de ser, las vamos a encontrar con relación a la aproximación desde la cual se ubique el observador. El problema del tiempo, por supuesto, tiene que ver con la eternidad, con la permanencia y el movimiento, asuntos que ya desde la filosofía griega se planteaban como nodales. El ser o no ser del tiempo se transforma en el ser o no ser de la vida misma y de su autopoiesis. Así, resulta necesario ubicar la perspectiva de la observación para no perdernos en el mundo de las conjeturas, si es que nos orientamos a encontrar respuestas a las preguntas que nos planteemos, por lo que se requiere concretizar la idea del tiempo para poder abordar tanto la idea como el tiempo mismo, o aquello que ha sido definido como tal.

Los seres humanos hemos enfrentado al tiempo con la angustia de, una vez transcurrida nuestra vida, no volver a existir jamás, o bien, condenar los hechos al olvido. Y a ese enfrentamiento le hemos dado marco en la filosofía, en la ciencia y en el arte. Es desde esos espacios desde donde lo explicamos, o al menos, lo representamos en sus diferentes dimensiones. Vivir es una angustia que debe ser explicada. Ante ese reto nos queda estructurar sistemas de pensamiento que nos brinden cierto consuelo ante aquello que, por más esfuerzos que hagamos, se antoja inexplicable. Por ello junto a la noción de tiempo tenemos vinculada la noción de memoria en un esfuerzo por garantizar el registro de nuestra presencia en un mundo del cual queremos reducir complejidad.

Dentro de toda discusión es importante la definición de los términos o los aspectos que se abordan. Así, el tiempo como mera categoría termina por decirnos nada si no lo acotamos. Por ello el tiempo en la filosofía se aborda de forma distinta al tiempo de la historia, que al tiempo social o al tiempo del arte. Por supuesto que existen interacciones entre las diferentes formas de abordaje, pero propongo que no debemos cruzar el umbral del uno hacia el otro si no queremos correr el riesgo

de confundirnos y hasta de perdernos en la terminología adoptada. En todo caso y siguiendo la máxima spenceriana trazar la distinción es la divisa que guía toda mi investigación.

Así, entonces, la primera percepción que asoma es la de concebir el tiempo cronológico como un continuo, por tanto, lineal, que sabemos viene de algún punto y se dirige a otro, a veces en el sentido de la evolución y a veces en sentido opuesto. Sabemos que hoy son las 12 de mediodía y mañana volverán a ser, pero de otro día, de forma tal que no hay reversibilidad en ese hecho, ya no es posible volver atrás: solo una vez se tiene una edad, el resto es literatura, la *tura* de *turas*—diría Julio Cortázar, el gran cronopio que supo enfrentar el tiempo desde la resistencia del buen humor y la ironía. El tiempo cronológico es el tiempo elemental y del cual partimos todos desde la más sencilla de nuestras percepciones. Cualquier otro sentido nos aleja de ellas y nos mete en el terreno de la reflexión en la cual toda respuesta es posible aún dentro de la improbabilidad o el azar.

El tiempo cronológico nos ubica de manera inmediata frente al entorno, de alguna manera es una operación de la conciencia que nos relaciona con la alteridad—si es que vale el término en este momento. La

conciencia nos devuelve o nos saca de nosotros mismos en una operación inmediata y necesaria en la cual la memoria como mecanismo de actualización nos presenta la realidad que nos circunda y con la cual debemos interactuar. Nos ubica en un presente transitorio, fugaz, que sin embargo requerimos para poder dimensionar el sentido. De alguna manera es un mecanismo nuestro, una prefiguración que construimos para convivir con los otros a quienes dimensionamos también en un tiempo al establecer intuitivamente la distinción pasado/futuro. A eso, a veces, le llamamos historia.

Ahora bien, el tiempo histórico implica un principio de complejidad. Pero ¿qué constituye el tiempo histórico sino una construcción conceptual? Acaso nos podemos asomar a esa construcción desde nuestras formas propias de concebir el mundo. Ya el positivismo en historia nos ha querido presentar los hechos tal cual sucedieron, lo que ha implicado también asumir que el tiempo es algo dado como una plataforma para que se presenten los acontecimientos. Ahí el historiador nada tiene que ver, sino observar a la distancia y explicar tal vez aquello que ha visto y que se dio en un tiempo determinado.

Esto nos ha conducido a pensar en la historia solo como un recuento de los hechos del pasado, como si fuéramos testigos de algo que encontramos en documentos añejos y que debemos interpretar *verbatim*: que no toque la mano del historiador los hechos porque los distorsiona. Más lineal no puede ser el tiempo.

Por esta razón periodizar ha sido un recurso del historiador para ubicar los hechos en el tiempo; sin embargo, también ha sido un modelo de aproximación que debe asumirse con cautela. Por ejemplo, si bien es cierto que podemos ser precisos al datar el inicio y el final de la edad media en términos cronológicos, no es tan sencillo datar la mentalidad de las personas



Venecia López
La espera
Acrílico, óleo y resina
sobre tabla, 2011.

que vivieron el período: Cristóbal Colón era medieval en sus principios, pero era moderno en sus aspiraciones. La monja Juana de Asbaje adelantó su tiempo literario y su pensamiento más allá de las fronteras del mundo novohispano. Vemos cómo Eric Hobsbawm enfrenta desde dos temporalidades el tiempo histórico del siglo XX: El siglo XX corto y el siglo XX largo. O bien, el sentido de la duración en Fernand Braudel: la corta duración y la larga duración, por medio de las cuales nos explica lo que en términos económicos se conoce como coyuntura.

El tiempo histórico es el tiempo de los hechos, y he aquí la disyuntiva: si ya son algo dado, entonces el tiempo tiene una existencia previa a la constitución del hecho y toda explicación deriva de la distinción causa/efecto. Si, en cambio, el hecho es una construcción a posteriori, entonces también el tiempo de la historia se construye en función de las relaciones observadas y la explicación es una derivación de esas observaciones. Hoy en día, no hay duda de que la historia es una construcción—incluso en el espacio de lo individual en la evolución cognitiva.

El asunto es que leemos la historia, por lo cual estamos sujetos al discurso narrativo y entonces podemos confundir la analepsis y la prolepsis como si, en efecto, así hubieran sucedido los hechos. Esto ha llevado a autores como Hayden White (2001) a subsumir la historia al discurso como si todo se tratara de un asunto estilístico narrativo, o bien, a pensadores como Paul Ricoeur (1995) a construir una hermenéutica de la historia dentro de los márgenes de la narración. Sin embargo, ha sido Gadamer el que ha tratado de reunir el conjunto de la experiencia humana en su hermenéutica, pero, sobre todo, la experiencia que representa el arte ante las pretensiones omniabarcadoras de la ciencia, a la cual busca poner límites (Guirao Navarro, 2015).

El tiempo también nos ha importado desde la perspectiva de la filosofía cuyo espectro es bastante amplio que, si bien Aristóteles había planteado como movimiento, no es sino en San Agustín donde cobra carta de identidad—y que continúa hasta nuestros días—aunque no puede explicarlo:

“¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé. Lo que sí digo sin vacilación es que sé que si nada pasase no habría tiempo pasado; y si nada sucediese, no habría tiempo futuro; y si nada existiese, no habría tiempo presente. Pero aquellos dos tiempos, pretérito y futuro, ¿cómo pueden ser, si el pretérito ya no es y el futuro todavía no es? Y en cuanto al presente, si fuese siempre presente y no pasase a ser pretérito, ya no sería tiempo, sino eternidad. Si, pues, el presente,



Venecia López
Barceloneta
Acrílico sobre tela, 2011.

para ser tiempo es necesario que pase a ser pretérito, ¿cómo deciros que existe éste, cuya causa o razón de ser está en dejar de ser, de tal modo que no podemos decir con verdad que existe el tiempo sino en cuanto tiende a no ser?” (San Agustín, 1995, XI, XIV, 17).

El tiempo para Gastón Bachelard conserva lo absoluto del instante y así puede abordar, de alguna manera, la contraposición de la duración de Henri Bergson frente al instante de Rounnel. La representación del tiempo en una recta, es el recurso para detener el momento en la continuidad. Para Rounnel, la verdadera realidad del tiempo es el instante; la duración es sólo una construcción, sin ninguna realidad absoluta. Está hecha desde el exterior, por la memoria, fuerza de imaginación por excelencia, que quiere soñar y revivir, pero no comprender. Por tanto, representaríamos adecuadamente el tiempo rounneliano mediante una recta blanca, toda ella de fuerza, de posibilidad, en que, de pronto, como un accidente imprevisible, fuera a inscribirse un punto negro, símbolo de una opaca realidad (Bachelard, 2002, 23).

El problema entonces es, primero, nuestra concepción occidental del tiempo y, segundo, las respuestas que damos ante el planteamiento de lo que es el tiempo según esa concepción. Ante esa situación el abordaje que desarrollo en este ensayo es el del tiempo desde la perspectiva de la Teoría de los Sistemas Sociales a fin de intentar una explicación operativa de la temporalidad y cómo desde ahí podemos abordar su impacto en el sistema del arte. Desde la perspectiva de la Teoría de los Sistemas Sociales, el tiempo no es un objeto o una cosa que se pueda abordar, excepto a partir de una dimensión de sentido. Esta se contraponen de alguna manera a la perspectiva ontológica, en la cual el tiempo es un objeto susceptible de ser

abordado. Incluso más allá de la perspectiva ontológica el tiempo de la física se aborda como un objeto que debe ser definido a efecto de que el concepto pueda ser operacionalizado y medirse para dar respuesta a las preguntas sobre su existencia y así tratar de entender cuál es nuestra posición en el universo físico. En efecto, desde una perspectiva ontológica el tiempo siempre ha sido referido en función del sujeto; es decir, fundamentalmente hemos estudiado el sentido del tiempo y, por tanto, su percepción de este que ya de suyo es un asunto complejo.

Sin embargo, en este ensayo que se fundamenta en la Teoría de los Sistemas Sociales el tiempo se entiende junto a una serie de conceptos complementarios como son los de transformación, cambio, evolución, sin los cuales no pudiéramos observar la distinción antes/después con referencia a los sistemas tanto síquicos como sociales. Llegamos así con esa distinción a la noción de que el “*tiempo* es el símbolo de que siempre que sucede algo, también sucede otra cosa, de manera que una operación singular jamás pueda ganar el control total sobre sus condiciones” (Luhmann, 1998, 62-63). Esto implica que no podemos observar todo de manera simultánea sino cuando los acontecimientos ya se han presentado y debemos de construir la realidad a partir de la construcción del hecho histórico.

La dimensión temporal del sentido “tradicionalmente representada por el concepto de movimiento— se trata de la distinción de antes y después; en la actualidad, de la distinción de pasado y futuro” (Luhmann, 2006, 900). Aquí el tiempo se entiende como distinción y, en todo caso, cuando nos referimos a un proceso histórico lo que interesa es la discontinuidad de los acontecimientos, es decir, el antes y el después. Una consecuencia teórica inmediata es que el fundamento teleológico

queda desplazado dado que los acontecimientos no obedecen a una estructura lineal y, en todo caso, se presentan de manera asincrónica. Aquí la distinción pasado/futuro implica también la ausencia del presente, o bien, como diferencia sin presencia

(Lewkow, 2011, 188). El desplazamiento del fundamento teleológico obliga a girar la observación hacia la noción de dimensión temporal de sentido, la temporalidad de la historia y junto a ella el sentido de la historicidad en el arte.

Concluyo con un poema propio relativo al tiempo y que fue publicado en 1997 en el poemario *Oscura Cae La Noche*:

PORQUE EL TIEMPO EL INFINITO

tiempo habrá de madurar en ti

la memoria de un solo día

no me basta esperar y no me duele

la tarde húmeda dormida en tu desierta

piel de victorias y derrotas

de campañas intranquilas por la amarga

sed de una entera soledad que sueña

porque el tiempo el infinito

tiempo habrá de esconder en ti

el mar sin tregua y sin vacío

no me basta esperar y no me duele el

silencio.

Bibliografía

Agustín, S. (1995). Las Confesiones. In. México: Editorial Porrúa.

Bachelard, G. (2002). La Intuición del Instante. In. México: Fondo de Cultura Económica.

Guirao Navarro, A. (2015). *El Arte como Experiencia de la Verdad en Gadamer*. Alemania: GRIN.

Lewkow, L. (2011). Filosofía de la historia universal y teoría sistémica de la evolución: A propósito del tiempo histórico en la sociología de Niklas Luhmann. *INTERSTICIOS. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico.*, 5, 181-191.

Luhmann, N. (1998.). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. (S. Pape & B. Erker, Trans.). México.: Anthropos. Universidad Iberoamericana. Centro Editorial Javeriano. Pontificia Universidad Javeriana.

Luhmann, N. (2006). *La Sociedad de la Sociedad*. México: Herder-UIA.

Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y Narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. (Primera edición en español ed. Vol. I). México: S XXI editores.

White, H. (2001). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: FCE.